

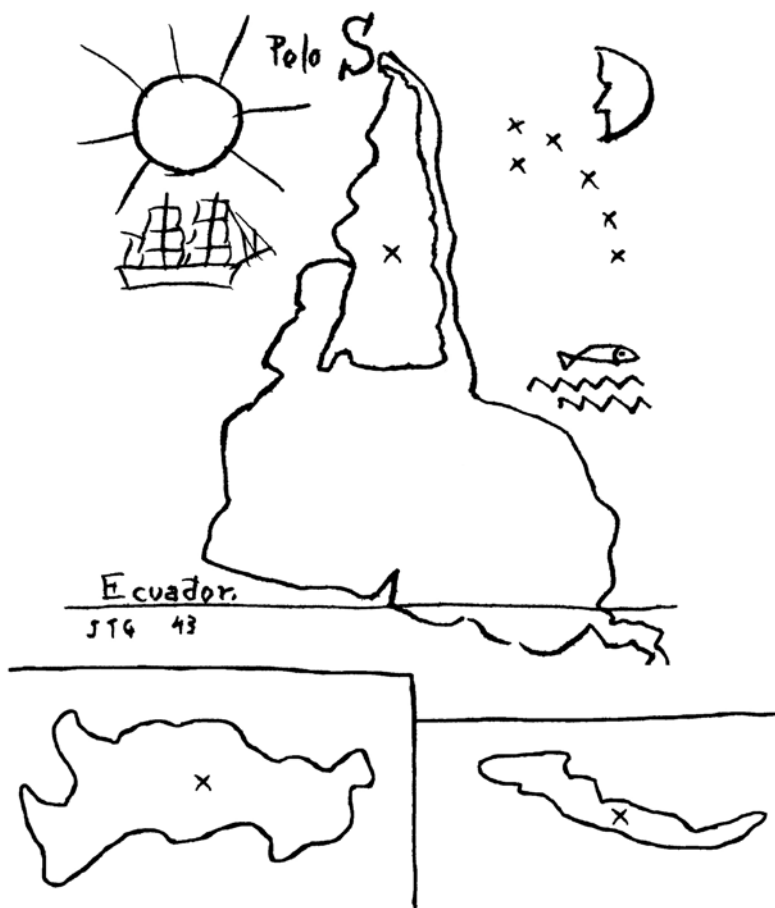
IMAGINAR EL
FUTURO
DESDE EL

SUR #4

EMANCIPAR LA PALABRA

*Inna Afinogenova, Carlos Manuel Álvarez, Julieta Greco,
Martín Mosquera, Alejandro Gómez Dugand,
Lina Vargas Fonseca, Mauricio Jaramillo Jassir*







Culturas

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Yannai Kadamani Fonrodona

Viceministra de los Patrimonios, las Memorias y la Gobernanza Cultural

Saia Vergara Jaime

Viceministro de las Artes y la Economía Cultural y Creativa (e)

Fabián Sánchez Molina

Secretaria general

Luisa Fernanda Trujillo Bernal

Jefe de la Oficina Asesora de Comunicaciones

Mauricio Builes

Grupo MiCASA

Sergio Zapata León

María Lucía Ovalle Pérez

Dilian Astrid Querubín González

Simón Uprimny Añez

Gestión administrativa

Vannessa Holguín Mogollón

Asesoría legal

Natalia Riveros

Diseño y diagramación

Alejandro Medina

Primera edición: mayo de 2025

ISBN (impreso): xx

ISBN (digital): xx

Título de la publicación: *Emancipar la palabra*

Autores: Inna Afinogenova, Mauricio Jaramillo Jassir, Carlos Manuel Álvarez, Martín Mosquera, Julieta Greco, Alejandro Gómez Dugand, Lina Vargas Fonseca, Juan David Correa Ulloa

Imagen de portada: © Joaquín Torres García, *América invertida* (dibujo a pluma y tinta, 1943)

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Está prohibida la venta de esta obra.

**IMAGINAR EL
FUTURO
DESDE EL** **SUR#4**

EMANCIPAR LA PALABRA

*Inna Afinogenova, Carlos Manuel Álvarez,
Julieta Greco, Martín Mosquera,
Alejandro Gómez Dugand, Lina Vargas Fonseca,
Mauricio Jaramillo Jassir*



Sumario

7 La palabra para el Sur

Mauricio Jaramillo Jassir

11 Periodismo emancipado

Inna Afinogenova

21 Emancipar la palabra: del blindaje corporativo a la comunicación social

*Carlos Manuel Álvarez, Martín Mosquera,
Julieta Greco, Alejandro Gómez Dugand,
Lina Vargas Fonseca, Mauricio Jaramillo Jassir*

La palabra para el Sur

Mauricio Jaramillo Jassir



No hay escenario más franco que el de los conversatorios, sobre todo cuando se persigue un ideal tan impostergable como pertinente: emancipar la palabra desde el Sur Global. En este cuarto ciclo de las conferencias *Imaginar el futuro desde el sur*, acompañadas del revelador eslogan “Del blindaje corporativo a la emancipación social”, se dieron cita algunas reconocidas voces de medios alternativos o contrahegemónicos: Julieta Greco, Lina Vargas, Martín Mosquera, Carlos Manuel Álvarez, Alejandro Gómez Dugand e Inna Afinogenova. El evento, realizado a mediados de noviembre de 2024, estuvo dividido en dos grandes partes: primero, Inna Afinogenova expuso, desde su experiencia personal, ciertas claves a través de las cuales los medios alternativos pueden hacerle frente a los grandes medios tradicionales; luego, el turno fue para una charla entre el resto de conferencistas que tuve la suerte de moderar.

La conversación ocurre en un momento clave para el mundo, América Latina y Colombia. La ofensiva de los medios corporativos y hegemónicos parece no solamente no mermar, sino incluso envalentonarse con el paso del tiempo. 2016 partió en

dos la historia de la manipulación con un manejo sin ningún reparo por la ética en favor de la salida del Reino Unido de la Unión Europea (Brexit), la candidatura de Donald Trump en Estados Unidos y el rechazo a los acuerdos de La Habana en Colombia. El común denominador en estos casos fue la aparición de formas elaboradas de manipulación informativa como noticias falsas, titulares engañosos, información parcial, envío masivo de mensajes compartimentalizados y, en el colmo del descaro, medios de comunicación que directamente se pusieron la camiseta de campañas políticas. En estos tiempos en que la línea editorial se confunde con la ideológica, urgen diálogos que articulen a los distintos medios alternativos, populares y comunitarios que resisten sin muchos recursos frente a la embestida feroz de un fascismo que parece ser muy consciente de la hegemonía y batalla culturales de las que habló Antonio Gramsci. Ya lo dijo Pablo Stefanoni cuando insinuó provocadoramente que la derecha le había quitado al progresismo la rebeldía y, a punta de incorrección política, se había ganado espacios que ponían en aprietos a quienes desde distintas orillas del progresismo han defendido los derechos humanos. Pablo Iglesias ha dicho lo que parecería una sentencia, pero es en realidad una alerta: “La derecha ha leído mejor a Gramsci que la izquierda”. Lejos de ser una frase derrotista, es una invitación a entender el papel de los medios en los nuevos campos de lucha, porque el de la comunicación es hoy indispensable.

En la conversación que tuvo lugar en la Biblioteca Nacional, en el centro de Bogotá, sobresalió la necesidad de articular las diferentes apuestas de los medios alternativos que hacen contrapeso en el marco de una batalla cultural que el progresismo no ha perdido, muy a pesar de que la derecha reaccionaria, cada vez más radicalizada, tenga todos los recursos a su favor (poder financiero, mediático, simbólico-religioso y empresarial). A quienes defienden los derechos humanos, que no tendrán jamás el control de los recursos, no les queda de otra que seguir

trabajando desde las ideas; los hoy enemigos de la ampliación del catálogo de derechos cuentan con tal nivel de activos que pueden darse el lujo de impulsar campañas, imponer agendas y conseguir, a través de dádivas, el control para ejercer el poder, tal como lo plantea Michel Foucault (el poder no se tiene, se ejerce, decía el filósofo francés). Y todo esto sin asomo de transparencia o rendición de cuentas, pero frente a una ciudadanía cada vez más exigente y en menor disposición de aceptar los abusos de los medios hegemónicos.

Recientemente, el mundo ha visto con estupor cómo la red social X fue puesta al servicio de la candidatura de Donald Trump en un sistema político considerado por muchos como la cuna del presidencialismo democrático y la supremacía constitucional; pero un sistema en donde, al fin y al cabo, se ha impuesto el modelo Rupert Murdoch, en el que conglomerados empresariales empiezan a cooptar los espacios mediáticos. Importa muy poco informar: de lo que se trata es de vender y satisfacer los deseos de una clientela a la que se ve peyorativamente como hambrienta de consumir información y no como una ciudadanía dialogante en capacidad de responder y deliberar. En esta mercantilización de la información atada al hiperconsumo —los datos se han convertido en un recurso de poder que se pretende acumular—, pasamos de un capitalismo de producción a uno especulativo y, finalmente, estamos aterrizando de lleno en el *capitalismo de vigilancia*. Nos vigilan desde distintos ángulos y buena parte de los medios contribuye a la consolidación de esta sociedad de vigilancia donde el Gran Hermano son los dueños del gran capital.

La coyuntura mundial no podría ser más reveladora sobre la forma en que se pretende ocultar el genocidio en Gaza, justificar la prolongación de la guerra en Ucrania (por parte de un Occidente especializado en prolongar guerras con muertos ajenos), ignorar la severa crisis humanitaria en Sudán y la República Democrática del Congo o hacerse el ciego frente al

desastre en el que terminaron Afganistán y Libia por la grosera interferencia de la OTAN. El establecimiento mediático mundial está con el Norte Global en esta guerra contra el Sur, más específicamente contra la autodeterminación de los pueblos, bien sea en el Medio Oriente, en el sudeste asiático, en el África subsahariana o en América Latina.

La independencia definitiva de las sociedades pasa por acceder a una información que no puede ser presentada bajo márgenes de objetividad o neutralidad. Tal como se advierte en la paradoja de la tolerancia de Karl Popper, no puede haber espacios para las apologías al odio, las distintas formas de supremacismo, clasismo ni xenofobia, como tampoco son aceptables los discursos que relativizan el calentamiento global. El Sur no debe pedir más la palabra: debe imponerla, o le será una vez más despojada. Perder el miedo a la corrección política y confrontar el fascismo es uno de los grandes retos para los medios populares que reivindiquen los intereses ciudadanos. En su momento, las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales fueron presentadas como poderosos instrumentos de democratización. Sin embargo, hoy sabemos que están en manos de unos pocos poderosos que vigilan, controlan y enmarcan las noticias. Poner estas plataformas del lado de los intereses populares es un deber inaplazable. De ello depende la preservación de un derecho que nos dimos el lujo de dar por adquirido, pero que todos los días se debe reconquistar: el acceso a la información y a la deliberación.

Periodismo emancipado

Inna Afinogenova

Biblioteca Nacional, Bogotá, Colombia

13 de noviembre de 2024



Gracias por la invitación para hablar sobre un tema tan complejo como el de los medios alternativos y su capacidad real de ser un contrapeso frente a un oligopolio mediático con mucho poder. Un oligopolio con unos recursos y posibilidades casi infinitas, incluida la posibilidad de convencer a una aplastante mayoría de la audiencia de que el verdadero periodismo es el suyo, el periodismo *mainstream*, y de que todo aquello que lo cuestiona es militancia, *fake news* o una mezcla de ambas cosas. Uno, antes de preguntarse cómo hacer el contrapeso a este monstruo, se pregunta si se puede siquiera hacer ese contrapeso teniendo todo en contra. Bueno, yo llevo años intentándolo. Primero, desde el canal público ruso RT en Español y, ahora, desde Canal Red y el programa *La Base*. Puedo contar la experiencia de cómo ejercer ese contrapeso y qué conclusiones hemos sacado nosotros desde esa trinchera.

En RT, en 2017, creamos un proyecto que se llamaba *Ahí les va*, que se convirtió de repente en un formato muy exitoso

en América Latina: eran unos videos bastante cortos, de unos ocho, diez, doce minutos, explicando realidades de política internacional y de América Latina. Nos sorprendía la cantidad de visualizaciones que recibía cada video, porque nos preguntábamos cómo era posible que alguien desde Moscú pudiera hacer un video que tuviera millones de visualizaciones en América Latina. ¿Por qué no había un proyecto en América Latina que pudiera competir con eso? Obviamente, grandes cadenas internacionales como BBC y Deutsche Welle tenían sus proyectos, pero esto era una suerte de proyecto popular: tú venías a la región y la gente lo conocía, lo seguía, veía los videos; era realmente sorprendente.

Estuvimos analizándolo y nos dimos cuenta de que todo tenía que ver con el hastío y el blindaje mediático al que está sometida el área de la información en América Latina desde hace décadas, sobre todo en países como Colombia y como México, donde teníamos gran parte de nuestra audiencia. Solo había que ver las diferencias entre las coberturas que hacían los medios nacionales a eventos relevantes como el Paro Nacional en Colombia y lo que publicábamos nosotros. Nosotros recogíamos testimonios de gente en la calle y hablábamos de la represión policial, mientras medios nacionales le dedicaban parte de sus informativos a los vándalos, al mobiliario urbano, etc. Y eso se repetía en Colombia, en Ecuador, en Bolivia y allá donde uno fuera. El golpe, en Bolivia, según gran parte de los medios latinoamericanos, no fue un golpe. El Chile neoliberal de Piñera ha sido un oasis y todo lo que sucedió durante el Paro Nacional fue puro vandalismo. Y así ibas país por país y te topabas permanentemente con esto. Entonces, no resultó difícil hacer un formato que de repente le interesara a la gente. Con ese formato descubrimos que la gente estaba harta de sus propios medios de información.

Esto no quiere decir que ese proyecto fuera el único que hubiera tenido éxito en América Latina y que no hubiera ningún

S
U
R

otro medio en Colombia o en Chile que lo hiciera desde ese enfoque, yo no diría ni siquiera alternativo, sino realista, que mostrara lo que estaba pasando y hablara de lo que le preocupaba a la gente. Pero al tener menos recursos, esos pequeños medios no podían llegar a la cantidad de audiencia a la que llegábamos nosotros, porque al fin y al cabo éramos un medio público de un país como Rusia. Esos medios pequeños no estaban articulados. Al final, es mucho más fácil hacer periodismo alternativo trabajando en un medio que cada año tiene garantizada una financiación pública bastante importante, como lo tenía RT. Pero lo que uno ve cuando descubre la cantidad de pequeños medios contrahegemónicos que van surgiendo en países como Colombia o México es que aquello que les falta realmente es un espacio de articulación. Esa es la primera conclusión: hacer comunicación contrahegemónica con dinero es relativamente fácil. Pero ¿quién tiene dinero? Ninguno de nosotros en los medios alternativos tiene recurso alguno. Entonces, nuestra salida ahora mismo —y eso ya lo estamos intentando llevar a cabo en Canal Red, porque es un proyecto mucho más pequeño— es la articulación con otros medios y con otros proyectos mediáticos similares. En una suerte de emulación de ese meme que dice *don't panic, organize*, en el que una manada de pececitos asusta al pez gordo, más allá de que la realidad nos dice que el pez gordo luego ganará. Pero podemos seguir soñando.

Partiendo de la articulación, se pueden hacer muchísimas cosas. En Colombia hay un ejemplo que a mí me parece muy bueno y que es algo que muchos deberíamos repetir: es la fusión que ha hecho la revista *Raya* con RTVC y el programa de investigaciones que emiten, que realmente está teniendo muchísima repercusión más allá de Colombia. En Canal Red, nosotros intentamos establecer alianza con *La voz de los que sobran*, de Chile; hicimos algún programa juntos y esto es lo que está funcionando para nosotros. Articulación es entonces lo primero que estamos promoviendo como una salida para aquellos

medios sin millones de euros en financiación. De hecho, en 2023, Canal Red nació un poco con esta idea no solo de generar contenidos propios desde un enfoque de izquierda progresista, sino también de aglutinar alrededor de sí a pequeños creadores que comulguen con la línea editorial. Canal Red, en dos años, se ha hecho con una base de suscriptores que lo hacen viable; no se sostiene con otra cosa que no sea micromecenazgo. No tenemos ningún empresario detrás, no tenemos ningún banco, no tenemos publicidad pagada ni ningún Estado detrás. Nos financian los suscriptores con una cuota mensual. ¿Qué es lo que ellos encuentran? ¿Por qué siguen poniendo esa cuota cada mes? Por una serie de cuestiones que nosotros destacamos como las claves de nuestro trabajo.

Primero, el análisis de medios de comunicación que se hace desde Canal Red. Cuando uno ve una tertulia o un informativo en España, pero también en Colombia o en México, lo que resulta difícil de entender es cómo puede seguir habiendo alguien en estos países dispuesto a votar a algo que se parezca mínimamente a lo que consideramos izquierda. Porque el mensaje es exactamente el mismo, independientemente de que hagas *zapping*, es un monotema. Nosotros hacemos análisis de medios partiendo del análisis de propiedad de esos medios. Las audiencias deben saber quién paga por las informaciones que reciben y a qué intereses responden esas informaciones. El sistema mediático, como el Estado, es un instrumento de poder, y la capacidad de los medios de comunicación para inocular marcos mentales, para producir estados de ánimo, para meter miedo, para generar voluntades políticas, es arrolladora entre la población. La demostración más visible es la de fenómenos tan histriónicos como el de Milei, que acaban gobernando en países como Argentina. Una demostración que también estamos viendo con Trump en Estados Unidos y que sufriremos todos.

Canal Red empezó a hablar insistentemente de la estructura de la propiedad de los medios. Eso despeja muchas dudas,

S
U
R

ayuda a separar la paja del trigo. No hay pluralidad informativa cuando hay esa concentración de poder. Por eso es importante descubrir el ecosistema mediático en cada país, porque en realidad da igual que tengas ochenta emisoras de radio, cuarenta canales de televisión, quince portales digitales, veinticinco periódicos, si todos le pertenecen a un mismo propietario o a dos, a un mismo fondo buitre o a un mismo banco, y responden, al fin y al cabo, a los mismos intereses de unos pocos grupos sociales. Cabe hacernos una pregunta: ¿es real una democracia sin una verdadera pluralidad mediática? ¿Por qué la clase obrera termina votando persistentemente a favor de los enemigos de sus propios intereses? Pues porque está permanentemente bombardeada por estos medios que pertenecen a sus enemigos. Nosotros, claro, podemos analizar los errores de la izquierda, ser autorreferenciales, pero es innegable que una de las causas más claras es el monopolio del capital sobre los grandes medios de información y la desaparición paulatina de los medios públicos o privados realmente independientes. La izquierda puede llegar a tener el poder político, pero sin el poder mediático, sin sus propios medios de información, ese poder se erosiona, se diluye toda la iniciativa de un Gobierno progresista, y yo creo que Colombia es buen ejemplo de ello. Esta iniciativa progresista será defenestrada, pero será defenestrada, además, sin mayor análisis, rozando lo absurdo, pues un Gilinski no va a apoyar una subida de impuestos para los más ricos, y tiene un canal de difusión que abarca todo el país. Un Salinas Pliego, en México, no va a apoyar la subida de impuestos tampoco, y tiene la TV Azteca. Un Héctor Magnetto, en Argentina, tampoco va a apoyar ninguna iniciativa progresista. Y así podemos ir país por país. En España, con muy pocas excepciones, la televisión es patrimonio exclusivo del poder económico de la derecha y de la ultraderecha. Y esto es especialmente terrible en tanto que se extiende también a los medios progresistas. Porque en España existe un duopolio: por un lado, un grupo mediático, Mediaset,

que le pertenecía al fallecido Berlusconi, con todo lo que ello implica —estamos hablando de los medios de Berlusconi, ese paradigma que le dio inicio al paradigma Fox—; y el segundo grupo mediático es el Atresmedia, que posee tanto un canal de televisión progresista, laSexta, como un diario que roza la ultraderecha, *La Razón*. ¿Cómo es posible que un mismo dueño tenga el diario más facho del país y el medio progre? Porque lo que hay detrás es el cálculo empresarial, y el cálculo empresarial es convencer a la población de una pluralidad de opiniones absolutamente inexistentes, tener ligerísimas diferencias de coberturas de noticias sin demasiada relevancia, pero en temas clave, como el belicismo europeo, como la militarización, como la subida de inversión en armamento en la OTAN, en temas clave como estos, siempre van a remar en la misma dirección tanto la tele progre como el periódico facho.

Esto es así y ha sido así. Y la gente sigue pensando que tiene muchas alternativas mediáticas... En Colombia, el panorama es bastante desolador. Pareciera también plural, pero es una monofonía porque hay un mensaje que se difunde, que es retomado por ochenta medios más, con las mismas palabras, con las mismas formulaciones, que bailan alrededor de ello, ya sea mentira o manipulación, sin contrastar los mensajes. Nosotros, cuando analizamos en *La Base* todo lo que hace la revista *Semana*, nos disgusta, lo hacemos con la nariz tapada, pero este caso nos parece especialmente paradigmático, porque viene a ser como una normalización de lo que hace *Fox News*: una normalización de la mentira deliberada para conseguir determinados objetivos políticos. Eso es lo que hace la revista *Semana*. No es un periodismo que puede equivocarse, o que tiene otro enfoque, o que es más conservador. Existen medios conservadores, pero este es un medio típico del ecosistema creado por Steve Bannon, donde la mentira se asume como algo normal dentro de la batalla cultural que están llevando.

S
U
R
¿Qué es lo que diferencia a Canal Red y es otra de las claves, más allá del análisis mediático que ha hecho, que lo destaca y hace que crezca esa cantidad de suscriptores, que es en donde nos fijamos, gente que nos paga porque tenemos que persistir gracias a esa cuota? Es el tema de la línea editorial. Canal Red nunca ha ocultado desde qué trinchera está emitiendo. Nunca se ha escondido detrás de esa falacia del periodismo imparcial: el periodismo imparcial no existe. No hay nada más parcial que un periodista que dice dar todos los puntos de vista. Hay que empezar a hablar de este término de objetividad mediática como lo que es, una falacia, y no avergonzarse de una determinada posición ideológica. Nosotros nunca lo hemos ocultado. De lo que hay que avergonzarse es de la manipulación y de la mentira. Eso es lo que Canal Red no hace. Lo que el suscriptor sí tiene garantizado es el rigor: todos los datos están verificados, la información es correcta y no hay fuentes anónimas que nos dictan, como a la revista *Semana*, cosas que luego sirven para montar casos. Nunca nos posicionamos como un medio imparcial y eso los suscriptores lo tienen claro desde el inicio. Está esa conocida máxima de que unos dicen que llueve y otros dicen que hace sol: pues nosotros abrimos la ventana para comprobar qué tiempo hace.

Y es que, cuando piensas en esa imparcialidad es un poco absurdo, sobre todo ahora, durante este último año, con todos los acontecimientos ocurridos, con un genocidio en curso; la imparcialidad se convierte en una cosa muy vacía. Porque no puedes decir: “Los prisioneros de Abu Ghraib denuncian ser sometidos a torturas y los vigilantes de la prisión lo niegan”. No debería haber dilema sobre si dar voz o no a quienes violan los derechos humanos. Se les denuncia y ya. No hay justificación para dar voz, en igualdad de condiciones con sus víctimas, al que tortura, al que viola, al que maltrata. Esta es otra de las claves que nos permite ser autosustentables. Tenemos entre dieciocho y veinte mil suscriptores que aportan una cuota mensual. No

hay bancos, no hay Gobiernos, no hay empresarios. El hecho de que nos logremos sostener de esta manera ya de por sí es muy importante y habla de una necesidad real entre la gente de que surjan más medios alternativos.

Además, en este último año, Canal Red Latinoamérica ha tenido un gran flujo de audiencia latinoamericana. La mayor parte de personas que nos siguen está entre México, Estados Unidos (en donde probablemente nuestros seguidores son mexicanos) y Colombia, lo cual nos hace concluir que en América Latina hay necesidad de este tipo de medios. Nos parece importante hablar de los métodos de financiación y siempre animamos a los pequeños comunicadores, a los pequeños medios alternativos, a hablar de ello y pedir aportaciones. El periodismo es trabajo y debe ser remunerado, y la audiencia tiene que ser consciente de que, si no paga por la información, si no paga como lectora, alguien va a pagar por ella. ¿Y quién va a ser ese alguien? Puede ser un banco, un empresario, un Estado, alguno más o menos autoritario, otro todavía más autoritario. Pero todos defenderán sus intereses en momentos críticos. Como Rusia, en donde antes de la guerra se podían hacer ciertas cosas y después de la guerra todo se concentró en defender una sola cuestión. Es importante generar esa conciencia en la audiencia de que, al igual que uno está acostumbrado a comprar un periódico en un kiosco, y por más de que los materiales sean abiertos y estén en YouTube y otras páginas web, deben ser remunerados.

Y después está el gran tema del combate contra la estigmatización de los medios alternativos, porque cuando empiezas a suponer un peligro, van en tu contra y van con todo. Nosotros hemos recibido cada etiqueta: canal de Pablo Iglesias, canal prochino, canal prorruso, canal pro-Maduro, canal pro-Hamás, comunistas, obviamente, maquinaria de propaganda... Entiendo que la televisión pública colombiana es un poco a lo que está sometida en estos momentos. Se criminaliza el trabajo de

medios alternativos para mantener el *statu quo*. Es algo totalmente normal, con lo que tenemos que convivir. Solo se legitima el trabajo de los medios tradicionales, sin el menor espíritu crítico. Ellos son la verdad, digan lo que digan y cómo lo digan.

S
U
R
Más allá de todo esto, hay otra parte con la que estamos trabajando y es el algoritmo. La dictadura del algoritmo y de las empresas que están en manos de multimillonarios con sede en Silicon Valley, que deciden de qué temas debemos hablar, qué palabras debemos elegir y qué temas y qué trabajos pueden eliminarnos en determinados momentos. Las redes sociales antes podían ser un elemento que garantizaba más libertad, más visibilidad, pero ahora mismo se han convertido en cómplices de grandes poderes económicos y poderes mediáticos. Sin ir más lejos, tenemos a X en manos de Elon Musk, donde ya los contenidos progresistas casi no aparecen. A mí, por ejemplo, me aparecen prácticamente solo cuentas de ultraderecha, por más de que no las siga.

Muchos hablamos de cómo monetizar, cómo esquivar el algoritmo, cómo ponerle asterisco para que YouTube nos favorezca y no nos bloqueen o *baneen* el contenido, cómo no ser víctimas del *shadow banning*, que es cuando una red social simplemente decide no mostrar un contenido sin que tú te percales de ello. Tú subes tus cosas y nadie las ve. Pero, más allá de esto, el verdadero desafío —y que me parece que sería un tema a discutir de aquí en adelante— es qué vamos a hacer y qué alternativas tendremos cuando el algoritmo nos eche de estos espacios. Porque está bien, por ahora son los únicos espacios y en los que nos tenemos que manejar, pero no van a durar mucho. Yo lo sé porque en 2022 a mí personalmente me eliminaron todo el trabajo de tres años bajo la excusa de la invasión de Ucrania, pero es que ni la invadí yo, ni los materiales que estaban allí trataban exclusivamente sobre Ucrania. Pero esto es lo que pueden hacer: pueden eliminarlo todo, puedes perderlo todo y no tendrás ninguna alternativa.

Entonces estamos reflexionando mucho sobre cómo vamos a construir esa comunicación alternativa, que es importante, pero también necesitamos tener nuestras plataformas, que eso sí que es un enorme desafío, empezando desde lo técnico. Los recursos que se necesitan para ello, a lo mejor nosotros como medios pequeños no somos capaces de garantizarlos. Se necesitaría probablemente un compromiso estatal.

Conclusiones: la articulación mediática es lo más importante. Sin ella, cada uno le hablará a su cerco de convencidos, en su nicho, en su casa, haciendo su *streaming*, y se dispersará el mensaje frente a toda una maquinaria que ahora viene reforzada, animada, y tendrá muchísimo dinero de toda esa internacional de extrema derecha que llega con esteroides. Segundo: plataformas propias. Tercero: hacer consciente a la audiencia de que necesitamos su apoyo, porque sin su apoyo, no vamos a ningún lado. ¿Se puede democratizar el poder mediático? También habría que pensarlo. Hay un debate, por ejemplo, alrededor de las verificadoras y si habría que crear algún ente que regule las manipulaciones y las mentiras. Eso se los dejo para el conversatorio; a lo mejor pueden elaborar mejores tesis sobre este tema, que a mí sí que me parece espinoso. Leyes como la Ley de Tres Tercios, que se han intentado en Argentina o en Ecuador, parecen realmente una buena herramienta para democratizar en algo el poder mediático y acabar con esa concentración: un tercio para medios públicos, un tercio para medios privados, un tercio para medios comunitarios. Esto, desde luego, supondrá, como ha supuesto en Argentina y en Ecuador, un coste político enorme. Pero es un primer paso. Y sin estos cuatro pasos, seguiremos aquí hablándonos a nosotros mismos.

Muchas gracias.

Emancipar la palabra: del blindaje corporativo a la comunicación social

S
*Carlos Manuel Álvarez, Martín Mosquera, Julieta Greco,
Alejandro Gómez Dugand, Lina Vargas Fonseca,
U Mauricio Jaramillo Jassir*

R
S

Mauricio Jaramillo Jassir: Quisiera comenzar con una pregunta alusiva a la frase que nos convoca, que tiene que ver con emancipar la palabra en estos tiempos críticos para los medios de comunicación, críticos para eso que los medios hegemónicos llaman *verdad*, palabra de la cual yo creo que hay siempre que desconfiar. Por eso me gustaría preguntarles qué entienden ustedes por emancipar la palabra.

Martín Mosquera: Yo daría una doble respuesta. Una primera muy general, que vale para esta etapa y para cualquier otra en la sociedad moderna capitalista, que se vincula con que desde Gramsci en adelante sabemos que la dominación de las clases dominantes no es solo coercitiva, sino que tiene una dimensión

clave que es consensual. Se trata de conseguir consentimiento por parte de los oprimidos, y ese consentimiento tiene una dimensión político-ideológica y cultural. Gramsci era italiano, tenía la Iglesia enfrente y veía su capacidad de influencia y de capilaridad ideológica, que luego traducía en poder político. Entonces, una primera respuesta es que tenemos que emancipar la palabra, el poder comunicativo, la información, los periódicos, porque tenemos que dar la batalla en ese terreno que hoy está, como todos los terrenos, como todas las riquezas y los activos de nuestra sociedad, distribuido de manera desigual. Tenemos que dar la batalla en el terreno político-ideológico, a sabiendas de que no hay proyecto emancipatorio sin situar en el centro las batallas político-ideológicas.

Pero hay un elemento más coyuntural sobre el cual quiero hacer un énfasis especial: hoy los medios de comunicación —y las redes sociales en particular— tienen una fuerte conexión con los fenómenos de *lawfare* y golpe blando. En América Latina hemos vivido mucho de eso, pero también hay casos en España, en Europa y en otros lados, en los que el poder mediático se convierte —sobre todo cuando tiene enfrente un Gobierno que intenta representar los intereses populares— en el principal agente político que articula la oposición cuando los partidos tradicionales entran en crisis. Y digo “partido político” en sentido bastante literal: obviamente no van a elecciones, no tienen militantes, pero dan la visión de conjunto allí donde las instituciones tradicionales del empresariado —por ejemplo, los partidos tradicionales— entran en crisis.

Y la segunda respuesta es la vinculación entre los medios de comunicación y el avance de la extrema derecha. Si hay un tema que domina, en mi opinión, la agenda política en los últimos años, del 2016 en adelante, es que estamos viendo un vendaval. Algo que parecía un fenómeno exclusivo de la Unión Europea se transformó en un vendaval. Ganaron prácticamente las elecciones en el Parlamento Europeo. Ganaron la presidencia de

S
U
R

Estados Unidos. En América Latina están muy fuertes. Tenemos enfrente un fenómeno político autoritario creciente. A veces, los cambios son tan graduales que tendemos a normalizarlos o banalizarlos. Yo tengo la sensación de que hubo una cierta subestimación, un cierto impresionismo inicial, cuando ganó Trump y después vimos que no pasó gran cosa con su primera administración, cuando ganó Bolsonaro y, bueno, después fue derrotado. Creo que de ahí se derivó una cierta subestimación que es muy peligrosa. Trump está de vuelta en el Gobierno y, me parece, en condiciones mucho más graves que las de su primera administración, porque está más fuerte, porque tiene una extrema derecha global más consolidada, tiene más apoyo de la clase capitalista, tiene una carta blanca del Tribunal Constitucional. El triunfo de Trump será gravísimo para la clase trabajadora norteamericana, pero también profundizará y radicalizará la extrema derecha en todo el mundo. Creo que emancipar la palabra tiene que estar vinculado a estos grandes temas.

Lina Vargas Fonseca: Yo asociaría emancipar la palabra con ampliar las posibilidades del lenguaje, que es la materia con la que trabajamos los periodistas; hacer, si se quiere, resistencia desde el lenguaje, que es lo que tenemos y que no es poco. Diría también que es dar oportunidad de apertura a las grietas, grandes o pequeñas, desde donde la gente hace resistencia, donde la gente tiene miradas alternativas de la realidad. Es escuchar a la gente, que es una de nuestras herramientas principales. Y diría que es ampliar nuestra mirada como periodistas y descubrir la potencialidad de una mirada alternativa frente a la realidad.

Alejandro Gómez Dugand: Para tratar de agregar otra mirada, me voy a parar desde el lugar que habito, que son los medios independientes y los medios alternativos en Colombia, donde es particularmente difícil sostener medios independientes y alternativos. Pensar en periodismo y pensar en medios en Colombia

es hablar de una palabra castigada, censurada y violentada a lo largo del tiempo. Hay una cosa que me parece importante en la reflexión sobre cómo reconstruir eso que ha dañado la violencia —particularmente la violencia armada, pero también la violencia económica y la violencia racial— y es que, en esos ataques permanentes hacia la prensa, lo que se causa también es un daño constante al tejido comunicativo que nos une como sociedades. Asesinar a un periodista en un lugar de Colombia en donde solo hay un periodista es un aviso muy claro y contundente por parte de los violentos hacia quienes habitan esos territorios de que les conviene mucho guardar silencio. Entonces creo que parte de ese ejercicio de emancipar la palabra en un país como este es reconocer que ha sido una palabra valiente, que ha resistido muchísimo, pero que también ha sido víctima de una violencia aterradora, grande y profunda, de la que ha tratado de defenderse pero que ha tenido efectos devastadores.

Julieta Greco: Para sumar una perspectiva que todavía no ha sido mencionada, desde una mirada más feminista, creo que emancipar la palabra debe tener como correlato emancipar la escucha. El periodismo feminista es fundamental, y en un contexto de avance de las derechas se vuelve aún más; a pesar de que los últimos diez años fueron algo así como los años gloriosos del feminismo, ahora estamos viviendo un *backlash*, una reacción tremenda. Ahora es más urgente que nunca esa resistencia, y no solamente porque el periodismo feminista es transversal, situado e interseccional, sino porque además construye datos. Es un periodismo que, por haber sido durante muchos años relegado, se ha visto en la necesidad de construir sus propios datos y que, entonces, está muy ligado a la verdad, y por sobre todo a la escucha. La cuestión de la conversación y de la escucha me parece clave.

Carlos Manuel Álvarez: Yo entiendo la emancipación de la palabra como la liberación, la excarcelación de la palabra del logos

S
U
R

liberal. Sobre todo porque, como demuestra la historia moderna y como estamos atravesando justo este momento, cuando el liberalismo se cae a pedazos, lo que aparece es el fascismo, que es siempre una semilla que se esconde en su génesis. Y para mí, de acuerdo con mi experiencia profesional, la respuesta a cuál puede ser el rostro formador de los medios alternativos, o de los medios que se mueven por fuera de las grandes corporaciones, es la conciencia deliberada de que el periodista tiene que convertirse en un intelectual. Esto lo digo porque normalmente, en las escuelas de formación de periodistas, se ha entendido la prensa como un oficio y como una institución netamente liberal, que es como ha sido constituida en Occidente. El periodista seguía una especie de mandato deontológico según el cual nuestro deber ético pasa por diluirnos dentro de la ideología dominante, por ser una correa de transmisión de verdades establecidas. Y en cuanto a esas verdades, por supuesto, sabemos que toda ideología dominante actúa con más eficacia cuando menos se ve, cuando se hace pasar por lo real o lo natural. Un periodista que no subvierta ese orden, para mí es un simple mensajero y es cómplice de un orden desigual. Hasta que el periodista no adquiere la categoría de sujeto crítico —y cuando eres un sujeto crítico en un mundo como el de hoy, tienes que enfrentarte justamente a la crisis del logos liberal—, no hay una transformación verdaderamente humanista del oficio, independientemente de los modelos económicos que haya detrás.

Mauricio Jaramillo Jassir: Todos han hablado de resistencia y de censura. Carlos habla, por ejemplo, del retorno del fascismo, y aunque yo sería más cauto, en donde creo que todas y todos podemos estar de acuerdo es en que ha habido una suerte de evolución en términos de lo que significan las redes sociales en lo comunicativo. En 2009 y 2010, había esta idea un poco cándida de que las redes suponían la democratización de datos. Y en el último tiempo nos hemos dado cuenta de que esas redes han sido

cooptadas por una serie de grupos. Algunos le adjudican el resurgimiento del fascismo a estos grupos que tienen la capacidad de controlarlas. ¿Cuál creen ustedes que es el rol de los medios contrahegemónicos, alternativos, populares, en esta batalla por que las redes sociales sean espacios de democratización? Teniendo en cuenta, además, que estamos en una lucha en la que la correlación de fuerzas es muy dispareja, obviamente a favor de las distintas manifestaciones del establecimiento. ¿Cómo hacemos para democratizar las redes sociales? O quizás incluso la pregunta sea: ¿es posible hacerlo?, ¿o estamos condenados a que las redes sociales sean un espacio de grupos económicos corporativos?

Carlos Manuel Álvarez: Yo no sé si las redes sociales no están parcialmente democratizadas. Creo que son al menos un escenario de disputa, cosa que no se puede decir de los medios tradicionales de prensa. A menudo escuchamos la idea un tanto regañona del periodismo tradicional que entiende a las redes sociales, o los modos de comunicación que surgen en ellas, como justamente los enemigos de la prensa. Y yo creo que, para nosotros, como medios alternativos, han sido sin duda un espacio fundamental, y no solo han sido un espacio fundamental, sino que hemos visto como la conversación pública que se genera desde ahí abre caminos sobre el tipo de periodismo que podríamos empezar a hacer. Por supuesto, sabemos que X está en manos de Elon Musk, y podríamos analizar cada una de las redes sociales de acuerdo con quién es su dueño. Pero, en cualquier caso, me opongo a entender estos espacios como aquellos que han traído la muerte del periodismo. Es cierto que se ha producido la muerte de la prensa tal como la conocíamos, pero ni siquiera eso lo han causado las redes, sino una crisis política de otro orden, que es la crisis política del neoliberalismo en general. Sin embargo, claro que es un terreno a pensar, un terreno riquísimo, un terreno de una batalla política y cultural. Pero también es un terreno donde puede establecerse esa batalla, en desventaja,

desde cierta resistencia ideológica, pero en donde aun así puede darse; no en los medios corporativos ni mucho menos.

S
U
R
Julieta Greco: Me gustó escucharte primero, Carlos, porque ante la pregunta lo primero que me surgió en la mente fue: es imposible. Sobre todo porque, entre las cosas que organizaba para traer a esta charla, muchos eran datos bastante desalentadores sobre cómo la violencia en las redes sociales produce mucha autocensura, un silenciamiento, especialmente en las mujeres, pero no solamente en mujeres, sino en periodistas y voces públicas en general que se ven obligadas a cerrar sus cuentas o a alejarse completamente de la conversación en redes sociales. Entonces venía bastante para abajo mi diagnóstico. Pero sí coincido en que es valioso pensar en una tercera posición, porque todo el discurso en contra de lo que pasa en redes sociales y que invita a volver a lo tradicional es tramposo. Es cierto que en las redes sociales pasan muchas cosas, les dan posibilidad a muchos sectores de expresarse, y hay una posibilidad de emancipación de la palabra. Pero también, por momentos, es como un contrasentido, hay una falsa ilusión de emancipar la palabra, de poder expresarse y que eso produzca, digamos, el corrimiento de los espacios reales. A veces me parece que las redes sociales ocultan ese engaño.

Alejandro Gómez Dugand: Yo justo vi esta mañana que *The Guardian* va a dejar de postear en X, cuyo dueño hoy en día es parte del Gobierno Trump. Todo es un poco distópico... Pero, veamos, esta exigencia de que las redes tienen que ser democráticas es rara porque, al final, nacieron y han funcionado la inmensa mayoría del tiempo como plataformas de entretenimiento en las que pasan cosas horribles. En últimas, las redes lo que hicieron fue crear una ilusión de validación de la opinión, donde de repente lo que se decía en voz baja se dice enfrente de un montón de gente y empieza una ola de odio y de desinformación.

Pero a mí también me parece que a veces vemos a las redes sociales como un leviatán gigantesco, y entonces se habla de la polémica en redes que ocurrió en la noche, perdiendo de vista que, en X, al menos en Colombia, está menos del 2 % de la población... Es decir que, cuando hay una gran polémica en X, estamos hablando de cinco gatos en Chapinero peleándose entre ellos mientras se termina de hacer el pan de masa madre en el horno [risas]. No quiero en ningún momento negar los efectos devastadores que puede llegar a tener la validación de esos discursos y la manera en la que, por ejemplo, las derechas más violentas han encontrado en las redes un lugar perfecto para sus discursos —entendiendo que el humor de la derecha es el insulto, qué mejor lugar que las redes y usar los memes como una herramienta de violencia contra discursos contrarios—. Pero que no se nos olvide que nuestras naciones suceden mayoritariamente por fuera de las redes sociales y de los arrobas.

Mauricio Jaramillo Jassir: Para matizar un poco la pregunta que les hacía, me gustaría referirme a la democratización de datos y del debate en general. Porque tienes razón, Alejandro: hay una subrepresentación de la población en las redes sociales, pero hay casos, por ejemplo, como el de la Primavera Árabe, en que la gente pudo desafiar a hombres tan poderosos como Hosni Mubarak. Las manifestaciones más grandes en Irán antes de las provocadas por la muerte de Mahsa Hamini¹ se dieron por la reelección de Ahmadinejad en el 2009. Entonces la gente se citaba por mensajes de texto y Twitter era una herramienta a través de la cual cualquier persona podía mostrar las calles de Teherán;

¹ Mahsa Hamini fue una joven de veintidós años asesinada en septiembre de 2022 por las Patrullas de la Guía, la policía religiosa iraní. Debido a que no llevaba puesto su *hijab* (el velo que cubre la cabeza y el pecho de las mujeres musulmanas), Hamini fue detenida y golpeada por la policía hasta causarle la muerte. Su asesinato dio origen a una ola de protestas masivas por los derechos de las mujeres en muchas partes de Irán.

incluso se habló en su momento de la Primavera de Teherán. Fue cuando apareció el famoso titular de *The New York Times*: “La revolución será trinada”. Ahí es que yo veo lo democrático. Me gustaría reflexionar sobre esa posibilidad de que cualquier persona pueda ser un emisor, aunque estemos de acuerdo en que hay una subrepresentación.

Alejandro Gómez Dugand: Sí, eso también es cierto. Pero quisiera agregar una cosa más. Hay una divulgadora de filosofía llamada Abigail Thorn que me parece muy interesante —su canal de YouTube se llama Philosophy Tube— y que publicó hace poco un video sobre esto² en donde reconoce el efecto positivo de las redes sociales en movimientos como la Primavera Árabe, el Me Too, etc. Pero también se hace una pregunta sugerente: ¿cómo las redes sociales están obligando a los movimientos sociales a crecer al ritmo de las redes y no a los ritmos políticos? En efecto, están obligando a los movimientos de base, a los movimientos sociales, a los movimientos nuevos, a correr a la velocidad del algoritmo —al *algoritmo*—, haciéndolos llegar a un punto de visualizaciones que tal vez sea mayor que su punto de madurez. Los movimientos sociales necesitan procesos de maduración y de coalición, y a veces sucede que de repente son unos grandes *booms* y quedan inmersos dentro de un torbellino de escándalos creado por las redes. Me parece interesante que, en la discusión de si son o no las redes una herramienta democrática, también volvamos a la realidad de que hay unas lógicas que obligan, incluso entre los movimientos más importantes como la Primavera Árabe, a moverse dentro de unas dinámicas que son diseñadas por una gente que quiere que hagamos clic en un celular.

² El video puede consultarse en el siguiente enlace:
www.youtube.com/watch?si=pzz9M3jstpozdOMT&v=4F9QzXjUBio&feature=youtu.be

Lina Vargas Fonseca: Sin caer en una postura ingenua —es decir, siendo consciente de la hegemonía informativa en las redes sociales, de quiénes las controlan, de las mentiras que allí circulan, de las falsedades, de la manipulación—, yo sí creería que las redes —y quizás las nuevas plataformas que estén por venir— son aún un campo en disputa. Cuando ustedes hablan de la Primavera Árabe, yo pienso mucho en esta chica llamada Bisan Owda, que tiene veinticinco años, es palestina y cuenta con casi cinco millones de seguidores en Instagram (yo misma la sigo desde hace un año). Es una mujer muy joven con muy poco acceso a la tecnología, que en momentos se ha aliado con algunos medios alternativos y que está en una situación ciertamente trágica, en una situación de genocidio, de agresión sistemática. Y esta mujer, desde sus redes sociales, crea esa grieta de la que yo hablaba antes, crea ese espacio de resistencia, informativo pero también alternativo frente al corporativismo. Y yo —no sé si sea demasiado optimista de mi parte— ahí veo al menos a alguien que está dando la batalla. Alguien que está poniendo en disputa ese campo de las redes. Y, como ella, imagino que hay y que habrá muchos más.

Ahora, ¿qué podríamos hacer los medios o los periodistas y las periodistas frente a esa falta de democratización en las redes? Yo creo que sí se puede contrarrestar con lo mismo con que históricamente se ha contrarrestado al periodismo tradicional por fuera de las redes, que es con rigor, con buenas investigaciones, con debates, haciendo un esfuerzo por elaborar piezas periodísticas agradables y también interesantes. Esas son las herramientas que tenemos para hacerle frente a la falta de democratización, a la falta de pluralidad de opiniones o de miradas de la realidad tanto dentro como fuera de las redes.

Martín Mosquera: Coincido bastante con la apreciación de mis compañeros. Yo, primero, no hablaría solo de las redes sociales, sino de internet. Porque inicialmente, previo a la emergencia

S
U
R

de las nuevas redes sociales, el debate sobre el carácter democratizador de las nuevas tecnologías era, por ejemplo, que cualquiera podía tener un blog, que era algo que democratizaba el acceso a la información y a la producción de contenidos. Creo que ese elemento todavía es real. Lo que venimos señalando hace énfasis en el carácter ambiguo de las redes sociales y de las nuevas tecnologías, que es lo que suele pasar en el capitalismo con casi todo: emerge una nueva tecnología exportadora de algunos elementos democratizadores o emancipatorios y, a la vez, el sello que le da la propiedad capitalista logra atenuar esos rasgos e imprimirle otros. Entonces a mí la idea de que es un campo de disputa, incluso un campo de disputa más abierto que los grandes medios, me parece que es una idea interesante que hay que atender.

Yo lo que observaría es que en los últimos años hubo un cambio. Creo que todos lo observamos. Lo que eran mecanismos, no inocuos, pero sí de acceso a una información relativamente alternativa, hoy son una caldera de ultraderechistas, de *fake news*, de un clima muy tóxico para el debate político. Y por eso empieza a favorecer más a la extrema derecha que a otra cosa, y adquiere su forma específica de oligopolización de la información. Hoy tenemos a X controlada por Elon Musk y Donald Trump, y cada vez vemos más locos ultraderechistas en esa plataforma, el algoritmo es cada vez más evidente —perdió la metáfora el algoritmo—. Hay una especie de —voy a citar a Marx—coacción muda del algoritmo: de manera impersonal va imponiendo que cualquiera puede hablar pero que aquellas opiniones que van a tener impacto son solo algunas.

Otro tema me parece importante: hay que ver cuál es el impacto real de las redes sociales. Ahí hay un campo para estudiar y que está en desarrollo. Porque yo no estoy de acuerdo con que las redes sociales sancionaron la crisis o la muerte de la prensa tradicional. E incluso habría que estudiar hasta qué punto las redes sociales siguen siendo muy dependientes, primero, de los

medios convencionales como la televisión; hasta qué punto no son un ámbito de conversación sobre lo que pasa en la televisión, que sigue siendo el medio masivo. Y, luego, hasta qué punto la televisión sigue siendo dependiente de un medio arcaico como lo son los periódicos. Los periódicos se leen hoy muy poco en todo el mundo, tienen una crisis de rentabilidad profunda, pero está bastante estudiado que siguen marcando la agenda. Los grandes canales de televisión siguen lo que los grandes periódicos establecen, y eso termina llegando de forma degradada a las redes sociales. Entonces tal vez estamos viendo más un escenario de reconfiguración con nuevos actores de la comunicación, y no tanto una muerte definitiva de los viejos modelos.

Mauricio Jaramillo Jassir: Me llamó la atención algo que dijo Lina sobre el caso de la joven activista palestina y lo combino con lo que plantea Martín: tiene que ver con esta idea que se ha puesto muy en boga en América Latina sobre la posverdad y la puesta en tela de juicio de cosas que antes eran más o menos intocables. Tenemos hoy un presidente en Argentina que dice que hay una teoría de dos demonios y que de pronto no fueron 30 000 los desaparecidos durante la dictadura militar (1976-1983), y que, si hubo desaparecidos, pues quizás fue que algo hicieron. En Colombia tenemos la famosa teoría de “no estaban rezando, no estaban recogiendo café”, para justificar lo que fueron las ejecuciones extrajudiciales. Aquí la prensa siempre se inventa algún eufemismo: no hablamos de ejecuciones extrajudiciales, sino de falsos positivos; no hablamos de interceptaciones, sino de chuzadas. Hay toda una relativización de cosas que son muy graves, sobre todo en cuanto a violaciones de los derechos humanos. En Chile, hay un hombre como José Antonio Kast que llegó a segunda vuelta y que ponía en entredicho la gravedad de la dictadura de Pinochet. ¿Cuál es el rol de los medios alternativos para contrarrestar esto que es muy atractivo, no solo electoral sino políticamente?

S
U
R
Lina Vargas Fonseca: Esto lo quiero decir con respeto por el trabajo de otros compañeros y compañeras, pero la pregunta me hace pensar en ciertos fenómenos que veo en el periodismo, incluso en un periodismo “neutral”. Se trata de la forma en que se abordan ciertos temas que se asumen como polémicos. Pienso mucho en un tema que en 070 tratamos bastante y que es el tema de las personas trans. No es hacer un periodismo neutral que tú llames a una persona trans y a un transfóbico y los pongas a debatir; ahí no hay debate posible. Tampoco hay debate posible si pones a un violador con una mujer que fue violentada. El racismo, la misoginia, la transfobia son violaciones a los derechos humanos y eso no puede debatirse. Creo que ese también puede ser el papel de resistencia de los medios al poder.

Mauricio Jaramillo Jassir: Perdón, te hago una pregunta políticamente incorrecta: ¿cabe dentro de ese ejemplo un diálogo entre una persona que hoy niegue el genocidio de Gaza y alguien que lo condene?

Lina Vargas Fonseca: Desde mi punto de vista, sí, por supuesto. Poner a debatir a un genocida o a un militar violentador junto a una persona que está siendo vulnerada, eso no es un debate posible. Y creo que en ciertos tópicos ya no hay mayor debate frente al asunto, pero en otros sí sigue siendo polémico. Y lo sigue siendo bajo esta idea de “bueno, vamos a entender, vamos a ser neutrales”, y entonces ponen en igualdad de condiciones a dos posturas que en realidad no son tales. Porque una postura es la existencia misma de alguien y la otra postura es la violación o negación de esa existencia. Tú preguntabas cómo pueden los medios alternativos ejercer la resistencia. Volviendo al tema de la escucha, yo diría desde el ejemplo de 070 que, en muchos trabajos en los que yo no alcancé a estar durante el cubrimiento del Paro Nacional de hace unos años, 070 hacía uso de tecnologías sofisticadas, pero también salía a la calle y escuchaba a

la gente que estaba movilizándose y manifestándose. Y diría también, desde el feminismo, desde la mirada de género, que es lo que cubro yo, que es fundamental tener una mirada transversal de género y no solamente hacer notas sobre género. Tener una mirada transversal de género y tener prácticas de cuidado es central. El feminismo es también tener prácticas feministas dentro de la misma redacción, prácticas de cuidado, prácticas de no precarización laboral, de hacer las cosas sin prisa.

Julietta Greco: Coincido con Lina en que una mirada feminista transversal es una forma de combatir a las derechas y a las *fake news*. Justo esta semana, *Anfibia* estrena un pódcast llamado *Sin control*³, cuya segunda temporada es sobre Milei. Creo que esa es una buena forma de combatir a este tipo de personajes: narrarlos y dejarlos hablar. Es un poco lo que decía Inna antes sobre abrir la ventana. También me parece muy importante transversalizar las agendas, que la cuestión feminista —que durante un tiempo fue algo muy tematizado— se vuelva una mirada transversal a las notas, a las redacciones. Cuento una anécdota muy tonta de la semana pasada: nosotros tenemos reunión de grilla todas las semanas y, por distintas cuestiones de agenda de las personas que trabajamos en *Anfibia*, había solo varones. La directora y yo estábamos en otro espacio teniendo otra reunión, y ellos dijeron algo muy argentino: “Qué olor a huevo”. Ellos mismos pensaron: “Esto no está bien, acá faltan mujeres en esta reunión”. Y creo que el hecho de que ya sea incómodo para los propios compañeros estar entre ellos tenido una reunión de grilla da cuenta de que hay algo que empezó a picar.

Carlos Manuel Álvarez: Me gustaría primero establecer algún marco a la hora de hablar de la alternatividad de los medios y

³ El pódcast puede escucharse visitando el siguiente enlace:
www.revistaanfibia.com/especial/javier-milei-sin-control-podcast/

cómo puede entenderse esa alternatividad. Porque el hecho de que uno se mueva por fuera de los medios de prensa tradicionales o de los grandes conglomerados no es la única ni absoluta condición. Yo conozco muchos medios independientes que tienen un financiamiento por fuera de grandes capitales pero que no provocan ninguna ruptura de sentido. Se me ocurren varios aquí en Colombia, quizás el primero que se me viene a la cabeza es *La Silla Vacía*, que no me parece que, en términos de una alternatividad del ejercicio del periodismo, tenga realmente una capacidad transformadora. Muchas veces esta alternatividad se ha entendido solo a partir de las posibles fuentes de financiamientos de los medios, pero a mí me parece que esa alternatividad, para que sea decisiva, debe asumir, de algún modo o de otro, desde sus agendas particulares, un sentido de la militancia. Ahora bien: la *militancia*. Sabemos que puede ser una palabra muy peligrosa, sobre todo hablando en un oficio como este. Cuando yo digo un sentido de la militancia, estoy diciendo que hay que excavar y encontrar en el lenguaje propio del oficio su potencial militante, lo cual no significa convertir el periodismo en una expresión de las formas tradicionales de la militancia política, porque cuando eso se hace, ni se milita ni se hace periodismo. Sin embargo, creo que detrás de esa lógica es donde hay una capacidad transformadora de la lengua y donde uno puede ver que empiezan a derrumbarse aquellos preceptos que parecen verdades sacrosantas del ejercicio de la prensa y que, insisto, son lógicas impuestas por la ideología que genera la prensa como institución y como oficio.

Yo recuerdo mucho, cuando estudiaba periodismo, que se repetía como un mantra —y todavía se escucha por ahí— que una noticia no es cuando un perro muerde a un hombre, sino cuando un hombre muerde a un perro. Entendido esto como lo insólito, lo extravagante, y la noticia sería entonces cuando algo se sale del cauce cotidiano. Y lo que me ha enseñado la experiencia es que el periodismo justamente es cuando el perro

muerde al hombre. El periodismo es lo cotidiano, aquello que parece que tenemos asumido y que no dice nada sobre nosotros, pero que es justamente lo que lo dice todo. A mí me interesa más saber cuáles son las causas políticas, históricas y culturales detrás de determinadas opresiones estructurales, que saber de cuántos kilómetros es el diámetro que abrió un meteorito que cayó en el desierto de Atacama. Eso me parece fundamental para fijar esa alternatividad y es lo que yo veo en los medios latinoamericanos que consumo, en *o70* o en *Anfibia*, por ejemplo. Hay siempre una asunción de un sentido de cierta militancia que luego se expresa de manera particular de acuerdo con las políticas editoriales de cada medio.

Martín Mosquera: Aprovecho que mis compañeros ya han avanzado bastante en este punto para poner el lente en otro lado. Todos coincidimos acá en la centralidad que tiene la lucha político-ideológica y, por lo tanto, los medios alternativos como forma de reequilibrar las relaciones de fuerza en el terreno político-cultural. Ahora, hay que tener cuidado de tampoco hipertrofiar nuestro papel. Los medios de comunicación alternativos son, o deben ser, o cobrarán su sentido pleno y preciso, como parte de un movimiento social y político que debe recomponerse. Lo voy a plantear de esta manera: todos vemos que estamos en una sociedad hipermediatizada, donde los medios de comunicación cada vez tallan más como los grandes agentes sociales y políticos en el marco de una crisis de las instituciones clásicas en las que se desarrollaba la participación e incluso la socialización política, desde la escuela al sindicato y al partido. Ahora, lo que nosotros tenemos que hacer es fortalecernos en el plano comunicativo, pero de una manera diferente, porque tenemos que fortalecer nuestros partidos, nuestro sindicato, nuestra vida asociativa. Las clases dominantes pueden prescindir relativamente de esas instituciones clásicas. Nosotros no. De ahí, por ejemplo, la importancia del renacimiento del sindicalismo combativo en

S
U
R
Estados Unidos. Es la reaparición de la necesidad de constituir organizaciones enraizadas en la clase trabajadora. La eficacia más precisa que conseguirán los medios de comunicación alternativos será cuando sean parte de un entramado asociativo, político y cultural que los supere. En cierto modo, hay un precedente muy claro de esto, que es el momento en que la clase trabajadora fue más rica construyendo una vida política y cultural propia que estaba llena de periódicos. El ejemplo clásico es el de la socialdemocracia alemana, cuando los obreros se reunían en las tabernas a leer en voz alta los artículos de unos periódicos cuya tirada era inmensa. Esos periódicos eran expresión de un proceso de construcción y acumulación política y sindical de la clase trabajadora. Entonces tengamos cuidado de generar una desconexión o de pensar demasiado simétricamente nuestro papel respecto al papel que tienen los medios de comunicación para las clases dominantes. La interacción que nosotros debemos tener con la clase trabajadora es otra.

Mauricio Jaramillo Jassir: Martín, aquí tenemos el semanario *Voz*, que es un poco ese ejemplo que mencionabas: tiene financiamiento de la militancia. Creo que también es un diario surgido de la conciencia de clase, que es una forma de militancia muy válida en los medios de comunicación.

Martín Mosquera: Todo esto es importante porque responde a la cuestión de cómo financiamos estas cosas. Y solo las vamos a poder financiar en la medida en que logremos desarrollar fuerzas militantes y una capilaridad social que nos dé los recursos, que en principio son recursos militantes. Cuando tengamos más fuerza política, tendremos más recursos para suministrar a los medios alternativos.

Julieta Greco: Un comentario a propósito de la cuestión de la capilaridad ideológica, si bien no es exactamente sobre cómo

combatir desde los medios. Es un ejemplo que, aunque falló, está relacionado con este tema. En la campaña de Kamala Harris a las elecciones presidenciales en Estados Unidos, específicamente en torno al voto de las mujeres, empezó a circular con fuerza la idea de que el voto es secreto. La idea del silencio como una herramienta. Al principio, dije: “Ay, qué raro que de golpe la herramienta sea el secreto”; pero, después, pensé que correrse de determinados espacios de discusiones y hacer de eso un valor también puede ser interesante. “Vos entrá al cuarto oscuro y votá lo que quieras, no le tenés que decir a nadie”. Y me hacía acordar de cuando ganó Milei: el día después estábamos muchas con terror de salir a la calle porque de repente estábamos en otro país. Durante los últimos años, el pañuelo verde por el aborto legal fue muy usado, pero especialmente en los últimos cinco o seis años, había sido algo extremadamente común en las mochilas de mujeres jóvenes de cualquier edad. Y muchas decidimos salir sin el pañuelo al día siguiente de que ganó Milei porque nos daba miedo estar en la calle con él.

Sin embargo, creo que en esta cuestión de lo capilar hay una idea. Hay una sensación de que eso está ahí, latente. Y creo que esa latencia también es parte de hacer frente, asumir esta realidad de que a veces hay que dar un paso hacia atrás para después dar dos hacia adelante. Asumir cierta vulnerabilidad ante algo muy cruel.

Alejandro Gómez Dugand: Yo tengo un problema: a partir de las reflexiones que han hecho mis compañeros, no sé cómo decir lo que quiero decir sin que me echen del trabajo [risas]. Me gustaría volver sobre las visiones un poco dismórficas de nosotros mismos, de los medios. Acá podríamos sentarnos horas y horas a dar ejemplos de cosas maravillosas que hacen medios en toda Latinoamérica para tratar de revertir la desinformación y los discursos de odio. Nos pasa mucho entre periodistas que nos sentamos y decimos: “Genial esto que estás haciendo tú,

genial eso que está haciendo él allá” —y si estamos en festivales se pone peor, porque empezamos a citar a Gabo, a Rodolfo Walsh—. Pero la realidad es muy compleja cuando vemos que las principales fuentes de desinformación en este momento son los grandes poderes. Por ejemplo, hay un estudio clarísimo en Brasil de que la fuente que mayor desinformación creó durante el covid fue Bolsonaro. Y por más optimismo que haya en los medios independientes y alternativos, no tenemos posibilidad alguna de competir contra una voz como la de Bolsonaro. Es un reto muy difícil. Creo que ninguno acá podría decir exactamente qué hacer. Podemos tener intuiciones, pero ninguna certeza. Sin embargo, creo que, como decía Lina, un buen paso es rechazar el anglicismo del “periodismo equilibrado”. Siempre aparece esta discusión tan del siglo xx: ¿el periodismo puede o no ser activista? Yo creo que sí, y ojalá que sí. Creo que el periodismo tiende hacia una visión más activista. ¿Activista de qué, de derechos humanos? Sí, claro, lo soy, ni me lo pregunto.

Pero creo que hay otros retos importantes; por ejemplo, hay un gran elefante invisible en toda la discusión sobre los medios independientes en Latinoamérica, y es que igual nos parecemos mucho quienes estamos en esos medios. Seguimos siendo una clase muy específica que ha pasado por ciertos procesos académicos. Creo que los medios independientes alternativos sí han traído unos relevos de voces importantes, pero seguimos en deuda. Tiene que haber más medios por fuera de Bogotá y de las grandes ciudades, y eso es algo que quienes estamos en este lugar de comodidad tenemos que empezar a pensar: tal vez una de las grandes movidas para poder activar periodismos, y volver a esa idea de que la comunicación es un derecho habilitante de otros derechos y que debe ser garantizado, pasa por entender una cosa que es difícil y es que quizás tenemos que empezar a ceder los espacios de los medios. Y también intentar que hubiera algún apoyo estatal. No sé, aquí estamos frente al Ministerio de las Culturas... Ojalá hubiera un fondo de fomento

de creación de medios, que en Colombia es un derecho constitucional. La Constitución colombiana no solo defiende el derecho a la libertad de expresión, sino a la fundación y creación de medios. Y cuando hablamos de Colombia, las cifras de violencia siempre tienden a ser protagonistas en los diagnósticos que hacemos de por qué tenemos tan mal periodismo. Pero uno de los ingredientes de los que no se habla mucho es la poca densidad de medios que hemos tenido. Hemos tenido dos periódicos, dos cadenas de televisión, dos cadenas de radio. Es como el meme de Spiderman señalando a Spiderman. Y esta es una clase económica que, además, es superrespetuosa de sí misma. Uno ni siquiera ve a Caracol hablando mal de Postobón, a pesar de que Postobón es de RCN. Hasta eso se respeta: se respetan entre ellos sus propios negocios. Es tremendo. Yo creo que entre las muchas cosas que debemos experimentar está empezar a pasar de algo que diría que si hicimos los medios independientes y alternativos, que fue traer nuevas fuentes y nuevas experiencias al periodismo (como traer al mundo indígena y traer a expertos del mundo afro), a que ya no seamos nosotros quienes tenemos el micrófono, sino delegarlo y procurarle nuevos espacios de inclusión a un país que ha sido silenciado durante unos cuatrocientos años.

Mauricio Jaramillo Jassir: Les dejo una última pregunta. Kast, Milei, Bolsonaro, Farage, Viktor Orbán. Todos aparecen en el debate cuando hablamos de posverdad y de un discurso de extrema derecha agresivo frente a los derechos humanos. Eso me da para pensar en la idea, que no sé si sea cierta o no, de que este periodismo contrahegemónico y alternativo es más compatible ideológicamente con el progresismo. Por lo menos en relación con el discurso de ampliación del catálogo de derechos y la comunicación como un derecho que activa otros derechos. Pero, entonces, ¿hay tentación a la pasividad cuando gobierna el progresismo, por el hecho de que estos medios se sienten más

cómodos y es más difícil criticar? Eso creo que de cierta manera se está viviendo en Colombia, donde empiezan a aparecer unas fracturas dentro de la izquierda sobre cómo hacer una crítica en los marcos del progresismo. Para los medios alternativos, ¿existe o no la tentación de quedarse ahí, en un lugar relativamente cómodo, cuando gobierna el progresismo? ¿O su tarea sigue siendo la misma tarea de contranarrativa, de control, de controversia?

S

U

R

Carlos Manuel Álvarez: Yo creo que esa ha sido mi labor profesional, porque vengo de un régimen político autoritario como el cubano. Ejercer el periodismo dentro de ese régimen me colocó directamente en el lugar de opositor político, de disidente político, lo cual me enseñó en tiempo real a ejercer el oficio desde ese lugar militante; y luego, fuera de Cuba, se suponía que por esa experiencia nacional específica tenía que asumir unas corrientes de pensamiento o institucionales propias de la derecha. Entonces, básicamente, sin haberlo buscado de modo deliberado, he tratado de articular un pensamiento de izquierda, no solo como periodista sino en otros roles, que al mismo tiempo ha tenido que enfrentarse a experiencias de socialismo real y a denunciarlas tal y como son para que haya una superación dialéctica de ese asunto al menos en la región, al menos como latinoamericano, que es lo que más me interesa hacer. Y creo que, de alguna manera, el periodismo que he hecho tiene eso como punto de partida.

Un ejemplo concreto, independientemente del medio de prensa que edito y dirijo, es que en julio de 2021 hubo unas protestas masivas populares en Cuba, las más grandes que ha habido en sesenta años de castrismo. Entre los medios de prensa occidentales que estaban muy ávidos de obtener testimonios o artículos de opinión sobre el asunto, recuerdo particularmente el contacto de *Semana*. Y, en un ejercicio de la militancia, yo me negué a hablar con ellos y le envié un correo a *Semana* diciéndoles que yo sabía que lo que estaban haciendo era una

capitalización espuria de esa protesta para su agenda de política interna desestabilizadora de medios de propaganda de la derecha. Entonces, en mi caso, se trata también de elegir en dónde y en qué lugares se dicen qué cosas y a quiénes no. Y no asumir pasivamente que uno está denunciando en cualquier lugar, porque estos medios corporativos son más poderosos que uno, muchas veces también más astutos, y todo termina sirviendo a un interés o un orden ideológico al que aparentemente crees enfrentarte. Hay que estar muy conscientes de eso.

Julieta Greco: Voy a interpretar la pregunta de una manera un poco más amplia, porque recordé que en octubre de 2019 en La Plata se realizó el Encuentro Nacional de Mujeres. Fue el encuentro más masivo en la historia de Argentina, en donde se hacen Encuentros Nacionales de Mujeres hace más de cuarenta años. Fue en un contexto en que el movimiento estaba muy consagrado y hegemónico, muy cerca de la concreción de su más antigua lucha, que tiene que ver con el aborto legal. Faltaba solo un año para que eso se aprobara. Había ganado las elecciones el Frente de Todos, que garantizaba de cierta manera que eso iba a ocurrir. Entonces estábamos en un momento de euforia total. Estoy interpretando esto como “ser Gobierno”, pero al mismo tiempo no serlo, sino que las cosas estén más o menos bien. Y nosotras, mi compañera Leila Mesyngier y yo, teníamos que ir a cubrir ese Encuentro Nacional de Mujeres y estábamos ante la expectativa de cómo iba a ser, porque había la sensación de que todo estaba más o menos resuelto, esa sensación que se tiene cuando un movimiento se acerca a la concreción de su lucha o a obtener un derecho que tantos años llevó conseguir. Había ese riesgo de doble filo de que esa lucha se cristalizara. Y al contrario: nos encontramos con un Encuentro Nacional de Mujeres muy discutido, con un montón de desacuerdos. Creo que los feminismos pueden ser un gran ejemplo de cómo esos propios desacuerdos, esas discusiones internas, son lo que los vuelven tan

potentes. Nadie estaba ahí regodeándose en ninguna victoria. Alguien, alguna vez, en un podcast que también hacemos con Leila Mesyngier, había dicho que el feminismo tiene la gracia de estar siempre cortando las ramas sobre las cuales está sentado. Hay una incomodidad que se genera constantemente. Partiendo de este ejemplo y llevándolo al periodismo, creo que hay una incomodidad que es necesaria para ejercer el periodismo.

Alejandro Gómez Dugand: Creo que esa es la incomodidad que hemos sentido los medios colombianos cubriendo por primera vez un Gobierno progresista. Creo que no estábamos preparados. Llevábamos demasiado tiempo siendo muy buenos cubriendo la derecha. Una derecha torpe, una derecha violenta. Nos volvimos expertos en derechas y, en el momento en que llegó el progresismo, nos sentimos en un lugar un poco móvil. Sumemos, además, que de repente nuestros amigos y nuestras fuentes, a quienes entrevistamos, de golpe eran ministros. Más difícil todavía... Yo creo que es un lugar raro para el periodismo independiente en Colombia esa posición de encontrarse dentro de un Gobierno progresista, y las reacciones fueron muchas y variadas. Hubo una que a mí me pareció muy graciosa, que era la gente que decía, con una visión muy anglo del periodismo: “Desde el día en que este Gobierno asuma, yo empiezo a ser oposición”. Yo pensaba: bueno, pero no, gocemos un poquito [risas]. Y también hubo fiesta: desde muchos medios le apostamos de manera abierta y clara y objetiva a un proyecto progresista en Colombia. Entonces, esa posición de muchos medios de ser oposición desde el primer día creo que empezó a abrir una pequeña grieta entre cierto tipo de periodismo. Pero también creo que hay una posición en la que vamos acostumbrándonos a que la relación con quien solía ser nuestra fuente debe empezar a tener momentos de “tuteo frío”, como decimos en Colombia. Y creo que eso es parte de la relación de la prensa y los medios con cualquier tipo de gobierno: entender que tu propia posición

política y tu propia visión política tiene que ser más grande y menos móvil, y que no debe depender de quién esté sentado en la silla del jefe.

Lina Vargas Fonseca: A nosotras y nosotros en 070 nos pasa algo curioso y es que, ante ciertos temas o notas que sacamos —y nos pasa sobre todo con cuestiones feministas, por ejemplo, de crítica a funcionarios del Gobierno por temas de violencia de género—, las personas que comentan, nuestros lectores y lectoras, nos dicen: “¡Ah! 070 antes era chévere”. Como si hubiéramos dejado de ser chéveres porque asumen que nos derechizamos porque sacamos una nota crítica. Lo que yo diría es que compartir temas o agendas o coberturas o discursos con un Gobierno progresista no necesariamente significa hacerle eco o ser un canal oficialista. Volvemos al tema de los derechos humanos: si yo hablo de los derechos humanos y digo que las personas deberían tener un mejor acceso a la salud en Colombia, pues no quiere decir que me estoy convirtiendo en una periodista oficialista. Me estoy convirtiendo en una ciudadana que ve que las cosas pueden mejorar. Y acogería lo que decía hace un rato Alejandro sobre no darles la voz a las personas afrodescendientes, a las personas indígenas, a las personas campesinas, desde una postura colonialista, sino pasarles el micrófono, aprender de ellas, trabajar con ellas. Nosotras tuvimos la oportunidad en 070 de ir a cubrir la COP hace un par de semanas⁴ y fue muy interesante ver la cantidad y la diversidad de pueblos indígenas que estaban ahí representados: dirigentes indígenas de la Amazonía, del Perú, de Ecuador, del norte de Colombia y de la costa Caribe, los nasas del Cauca, los wayús, que tienen unos tejidos de comunicación impresionantes. Fue algo muy hermoso para mí. Ellos están haciendo esa resistencia de la que hablábamos al comienzo, y

⁴ La COP16 se realizó en Cali, Colombia, entre el 21 de octubre y el 1 de noviembre de 2024.

cubrir sus agendas, compartir sus posturas, fue importante. Era un evento del Gobierno, sí, pero al mismo tiempo allí estábamos haciendo otro tipo de cubrimiento.

S **Martín Mosquera:** Creo que la pregunta que hace Mauricio es importante. Y la voy a responder de una manera más general, más allá del periodismo y de los medios alternativos. Tanto los medios de comunicación alternativos como los movimientos sociales, las fuerzas populares y la clase trabajadora en general se curten y se desarrollan en oposición a las clases dominantes, a la derecha. Ahora, se abre una situación nueva cuando hay un Gobierno que uno considera que representa, al menos en parte o moderadamente, sus intereses. Y esto no es solo con el progresismo. La experiencia cubana es un ejemplo y podríamos repasar la experiencia revolucionaria del siglo xx. Yo creo que ahí se abre una disyuntiva, un dilema, tanto para el Gobierno como para los movimientos sociales, que será clave en el desenvolvimiento de ese proceso político. Porque una posibilidad, y esto lo hemos detectado en el último ciclo progresista, es: “Bueno, ya somos Gobierno”. Ese Gobierno incorpora y satisface algunas demandas sociales y, a la vez, incorpora políticamente a los movimientos sociales antes combativos a la gestión del Estado. Y eso tiene un efecto, buscado o no, pero en cierta medida “pasivizador”. Yo tiendo a pensar la experiencia de conquistar un Gobierno en el marco de un proceso político más amplio, pensando esas conquistas como palancas para fortalecer el poder social de la clase trabajadora, de los sectores populares, robustecer la vida democrática y, por lo tanto, independiente y autónoma. Y no lo digo desde un lirismo anarquista en el que no importa tomar el poder y no importa el Gobierno —esas no son mis posiciones—. Pero sí es importante que la conquista del Gobierno sea un momento de una disputa más amplia por el poder que requiere el fortalecimiento democrático de todas las organizaciones y las instituciones de la clase trabajadora y de los

sectores populares. Porque si prima la lógica de “pasivización”, el progresismo, para retomar la metáfora de Julieta, también corta la rama sobre la que está sentado, pero en un sentido muy negativo. Por ejemplo, observemos el primer ciclo progresista: la derecha se sintió fuerte para volver a asumir un discurso duro y un programa neoliberal cuando las revueltas habían quedado muy lejos y cuando algunos de esos Gobiernos habían cumplido un papel para que esas revueltas quedaran lejos.

Voy a poner otros dos ejemplos: un ejemplo más lejano y uno casi contemporáneo. El ejemplo lejano es la Unidad Popular de Salvador Allende. Pese a todas las vacilaciones de Allende y todo el debate que podamos tener, entre 1970 y 1973, hubo un recrudecimiento de los conflictos sociales. Había una interacción positiva entre lo que el Gobierno hacía, la respuesta de las clases dominantes y una galvanización del movimiento de masas. Me parece que quien mejor recogió esto en el primer ciclo progresista fue Chávez. Chávez, ante cada respuesta de las clases dominantes, daba un contragolpe en el que convocaba al movimiento social. Algo de esto veo en Petro: cuando hay intentos de golpe blando, convoca a la movilización social. Yo creo que ese es el camino, porque también hay una disyuntiva más de largo plazo —y no de tan largo plazo para los Gobiernos progresistas, porque los Gobiernos progresistas son frágiles, dependen de configuraciones sociales y políticas muy específicas, de ciertas condiciones económicas, ciertas relaciones de fuerza—. Pero, en todo caso, en el largo plazo hay dos opciones: o el Gobierno se radicaliza para quitarles poder social y económico a las oligarquías y a las clases dominantes, o retrocede tratando de responder al asedio de las clases dominantes, ampliando el campo de sustentación política, haciendo concesiones. Creo que este es el debate estratégico planteado para todos nosotros.

INNA AFINOGENOVA

(DAGUESTÁN, RUSIA, 1989)

Nacida en la República de Daguestán, durante el ocaso de la URSS, trabajó durante varios años en la televisión pública rusa y fue subdirectora del canal de noticias RT en Español. Desde 2023 es directora de Canal Red Latinoamérica, donde presenta su programa *Caféinna*.

CARLOS MANUEL ÁLVAREZ

(MATANZAS, CUBA, 1989)

Estudió Periodismo en la Universidad de La Habana. Cofundador de la revista independiente *El Estornudo*, que hoy dirige y edita. Ha publicado textos periodísticos en algunos de los medios más prestigiosos, como *The New York Times*, *The Washington Post*, *El País* y la *BBC*. En 2017 publicó *La tribu*, libro que reúne algunas de sus mejores crónicas sobre Cuba. La revista *Granta* lo seleccionó en 2021 como uno de los veinticinco mejores escritores jóvenes en español.

MARTÍN MOSQUERA

(BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1983)

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, en donde también es docente. Sus investigaciones se centran en los estudios marxistas contemporáneos sobre el Estado y la política. Actualmente es editor de la revista *Jacobin América Latina*, que aborda temas de economía, cultura y política desde una perspectiva crítica de izquierda.

JULIETA GRECO

(BUENOS AIRES, ARGENTINA, 1989)

Antropóloga de la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en estudios de género y escribe regularmente sobre cine. Tiene un diplomado en Cine y Feminismos. Coordina el área académica de la revista *Anfibia*, en donde también ha publicado numerosos textos.

ALEJANDRO GÓMEZ DUGAND

(BOGOTÁ, COLOMBIA, 1985)

Licenciado en Literatura y magíster en Periodismo de la Universidad de los Andes. Fue editor y director de *O70*. Sus textos han aparecido en medios como *Arcadia*, *Diners* y *El Espectador*, entre otros. Actualmente es gestor de proyectos del Centro de Estudios en Periodismo (CEPER) y director de La Liga Contra el Silencio.

LINA VARGAS FONSECA

(BOGOTÁ, COLOMBIA, 1985)

Periodista y literata de la Pontificia Universidad Javeriana y magíster en Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina). Fue periodista y editora de *Arcadia* y corresponsal en Colombia de *Gatopardo*. Es coautora de los libros *Voltios: la crisis energética y la deuda eléctrica* (2017), *Las Principitas: la historia de las argentinas que inspiraron El Principito* (2019) y *Puertas adentro: una crónica sobre el trabajo doméstico en Argentina* (2022). Hoy es periodista de *O70*, donde cubre temas de género.

MAURICIO JARAMILLO JASSIR

(BOGOTÁ, COLOMBIA, 1980)

Doctor en Ciencia Política de la Universidad de Ciencias Sociales de Toulouse I (Francia), magíster en Relaciones Internacionales y Seguridad del Instituto Internacional de Estudios Políticos de Toulouse y en Geopolítica del Instituto Francés de Geopolítica de París. Ha trabajado como periodista de RTVC y profesor de la Universidad del Rosario. Fue asesor del Despacho del secretario general de UNASUR y hoy es viceministro de Asuntos Multilaterales del Gobierno de Colombia.



“Nuestro norte es el sur”, dijo alguna vez
Joaquín Torres García, pintor uruguayo cuyo dibujo
América invertida (1943) ilustra las portadas de nuestra colección.
En el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes creemos
apasionadamente en estas palabras.

Este libro se terminó en junio de 2025.
Para su elaboración se usaron tipos
Broadside y Athelas.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia, utilizando tintas formuladas a base de aceite de soya, una elección que minimiza el impacto negativo en el medio ambiente. Además, se emplearon planchas ECO3 como una alternativa más ecológica en la impresión *offset*, destacando su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso, así como promover la durabilidad y reutilización. Esta filosofía de la Imprenta Nacional representa un compromiso sólido con la sostenibilidad en la impresión en Colombia, contribuyendo significativamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia

*Estas conversaciones son tentativas
y devaneos, dudas que se expresan
en voz alta para pensar sin temores
ni condescendencias. Creemos que la
cultura de paz se construye en el disenso.
Proponemos la imaginación como un
valor esencial en la construcción de
sociedades más justas.
El sur es el futuro.*